

I T E R
VOL • XVIII
ENCUENTROS

ISBN 978-956-7062-54-6

ISSN 0718-1329

“Todo pasado fue mejor”:
cuando Astrea reinó en la isla de Chiloé

MARÍA GABRIELA HUIDOBRO SALAZAR



“Todo pasado fue mejor”: cuando Astrea reinó en la isla de Chiloé

MARÍA GABRIELA HUIDOBRO SALAZAR
Profesora de Historia, Universidad Adolfo Ibáñez
Licenciada en Humanidades, Universidad Adolfo Ibáñez
Doctora (c) en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile
Unidad Académica: Licenciatura en Historia,
Universidad Andrés Bello, Viña del Mar, Chile.
mhuidobro@unab.cl

La justicia constituye en sí un tema clásico. Se trata de un valor que a primera vista destaca de modo recurrente, pues forma parte de las bases esenciales de toda organización y vida en comunidad. Sin embargo, su presencia diaria no parece asomarse tanto en términos de realidad, cuanto como un lejano ideal. La justicia se nos aparece como un valor que se reclama, que se añora y que suele extrañarse; como una virtud definida desde tiempos remotos, pero abandonada con el correr de los tiempos. ¿Es la justicia aún un valor dentro de nuestra sociedad? ¿O forma parte de aquellos valores ancestrales que, aun siendo conocidos, no son respetados?

A primera vista, esta inquietud parece ser un tema de actualidad, resultado de una actitud crítica de nuestra época que nos sitúa a la distancia de un tiempo pasado mejor y que nos impulsa a evocar en tiempos antiguos y en los testimonios del mundo clásico aquellas definiciones que hoy habrían dejado de practicarse.

Sin embargo, esa inquietud que nace frente a la violencia, a los desórdenes y a la injusticia de los que somos testigos diariamente, parece ser precisamente aquella que, en lugar de alejarnos de los tiempos antiguos,

nos acerca y asimila a ellos. Más allá de las definiciones o de las prácticas que se hayan derivado históricamente de éstas, existe una actitud frente a la noción de la justicia que parece ser clásica y no haber perdido, por lo mismo, su vigencia. Es precisamente esa idea de que todo tiempo pasado fue mejor, y que la justicia, antes que historia y realidad, es un mito.

Poetas como Hesíodo, Ovidio y Séneca, constituyen un buen ejemplo cuando situaban, a través del mito de las edades, el bien y la justicia in illo tempore, en una época pretérita y sin tiempo que confería a esta virtud un halo legendario e idealizado. Los primeros tiempos de la historia, que paradójicamente parecían fuera de ella, se definían como una edad cuyas condiciones de vida parecían más cercanas a la categoría divina que a la humana, tal como se desprende de los versos de Ovidio:

La edad de oro fue la creada en primer lugar, edad que sin autoridad y sin ley, por propia iniciativa, cultivaba la lealtad y el bien. No existían el castigo ni el temor, no se fijaban, grabadas en bronce, palabras amenazadoras, ni las muchedumbres suplicantes escrutaban temblando el rostro de sus jueces. Ningún pino, cortado para visitar un mundo extranjero, había descendido aún de sus montañas a las aguas, y no conocían los mortales otras playas que las suyas. Todavía no estaban las ciudades ceñidas por fosos escarpados; no había trompetas rectas ni trompas curvas de bronce, ni cascos, ni espadas; sin necesidad de soldados, los pueblos pasaban la vida tranquilos y en medio de suave calma (*Met.* I, 89-100).

Hesíodo, más sintético, se refiere a este periodo en similares términos, y habla, al igual que Ovidio, de una sucesión posterior que verá pasar al menos las edades de plata y de bronce. Aun teniendo algunas diferencias, ambos poetas coinciden en que la última edad ha sido la de hierro, la peor de todas en términos vitales:

Nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán ásperas inquietudes (*Op.* 177 y ss.).

Pero lo peor, creía Hesíodo para su propio tiempo, estaría por venir, cuando se acabasen definitivamente los motivos de toda alegría, cuando el orden se alterase y el equilibrio se rompiese: cuando, según ambos poetas, el anfitrión no atendiera al huésped, el hijo no respetara a su padre, y el injusto gobernase sobre el honrado, a quien no se le reconocería mérito

alguno. Porque, a fin de cuentas, aquello que estaría ausente en un mundo de hierro sería precisamente la justicia, divinizada en los Trabajos y los días en las figuras de Aidós y Némesis, y en las Metamorfosis, en la Virgen Astrea, que abandona la tierra cuando los hombres se olvidan de ella.

Arato también representa esa ausencia de justicia en el mundo a través de la partida de Astrea:

Ella sí, alguna vez vivía en la tierra; se dirigía a los hombres personalmente, y aun siendo inmortal, se sentaba ella, de ellos en medio. Y le decían Justicia (...) Pero cuando aquellos hombres también murieron y nacieron hombres de la raza de bronce, más perniciosos que sus ancestros, y que forjaron dagas malefactoras y comieron, como primeros, yuntas de bueyes, entonces la Justicia, odiando la raza de esos hombres, tendió el vuelo y habitó los cielos (Ph. 101 y ss.).

Así entonces, el tiempo de Hesíodo, de Ovidio y de Arato no conoció a la Justicia. Y es esa nostalgia por una época lejana la que ha pervivido desde entonces, que parece ser tan propia –tan clásica– de todos los tiempos. Claramente en nuestros días ya no se personifica en la partida de Astrea, pero el imaginario creado para la representación de esta crítica frente a las injusticias propias de cualquier sociedad pudo ser retomado como tal en los tiempos de la conquista de América, cuando las circunstancias históricas y culturales del siglo XVI trajeron a la mente de los colonizadores europeos, los relatos del mundo antiguo que parecían haber descrito condiciones y aventuras similares.

Al ser testigos del proceso de descubrimiento y conquista de los pueblos indígenas de América, diversos humanistas, poetas y cronistas recordaron y evocaron en sus mentes y en sus obras, la imagen de un tiempo perdido, en el que los vicios de la civilización no habían corrompido las formas de vida de los hombres.

Para los conquistadores, América es fundamentalmente un mundo de maravilla, mundo mágico y provisor, refugio paradisiaco para el europeo (...) Dejada a un lado un momento la guerra, queda la belleza y la fecundidad de la tierra¹.

Los poblados más primitivos, especialmente, inspiraron en los europeos la idea de una ingenuidad natural en el ser humano, que mereció

¹ BELLINI, GIUSEPPE, "En los albores de la visión de Chile, Valdivia, Ercilla, Oña", *Quaderni Ibero-american*, 92, Torino, Italia, Dic. 2002, p. 11.

tratados políticos, religiosos y antropológicos, así como el debate acerca de la dignidad de los indígenas y los derechos que les correspondían en su encuentro con el “mundo civilizado”².

Algunos primitivos poblados indígenas asombraron a los conquistadores, desde fines del siglo XV, por la ausencia de leyes y de propiedad, y por la convivencia del hombre con la naturaleza, estado que los mantenía así en un mundo de paz que se contrastaba con la realidad europea.

Los primitivos encarnaban la no degradación del hombre por la civilización. En su estado natural, el hombre no ha sido corrompido por las ambiciones, las envidias, los odios y rencores propios del mundo civilizado; es el estado propio del hombre bueno, en que además todos son buenos porque los hombres son todos iguales y no hay explotación ni dominio de unos por otros. El buen salvaje se constituye en el emblema de la dicotomía entre naturaleza y convención, en que lo natural es bueno y lo civilizado, en cambio, es artificial y decadente³.

Atendiendo asimismo a este contraste, la poesía le dedicó versos que, con un tono nostálgico, hablaban de aquella ingenuidad de los hombres americanos que los conquistadores, en cambio, habían perdido en tiempos inmemoriales. El mito de las edades, que tantas obras de la tradición clásica habían desarrollado en tiempos antiguos, se prestó así para comprender una experiencia que, en este caso, resultaba real y que evocaba con nostalgia ese pasado remoto. El encuentro entre América y Europa recordaba el contraste entre la edad de oro y la edad de hierro, constituyéndose en un topos literario como ya lo había sido en el discurso clásico.

² En este sentido, Stelio Cro (“Classical Antiquity, America, and the Myth of the Noble Savage”, *The Classical Tradition and the Americas, vol. 1*, Walter de Gruyter, Berlin, 1994, p. 379) afirma que a partir de los primeros encuentros entre europeos y americanos, puede advertirse el origen y desarrollo del mito del buen salvaje, cuya conceptualización se concretaría hacia el siglo XVIII. Con todo, Cro ve en este mito una variante cuyo origen debe remontarse, a su vez, al mito de la Edad de Oro del mundo grecorromano, que sería revitalizado precisamente por el ambiente renacentista que se ofrecía como el espacio ideal para su actualización. Así también lo concibe José Luis Abellán (“Los orígenes españoles del mito del ‘buen salvaje’”, *Revista de Indias, XXXVI, 145-146*, Madrid, España, 1976, pp. 157-160), para quien el concepto rousseauiano del buen salvaje, que se expone a través de la contraposición entre el estado natural y estado civil, se hallaría ya formulado en el pensamiento hispano de la primera mitad del siglo XVI, mediante un contraste que finalmente constituye una aplicación concreta de las edades de oro y de hierro formuladas en el mundo antiguo.

³ SANFUENTES, OLAYA, *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2008, p. 182.

De este modo, la conquista de América ofreció diversos casos históricos que parecían concretar y conferir realidad a un mundo que hasta entonces sólo había pertenecido al imaginario mitológico de la literatura antigua. El mito de las edades se prestaba como un tópico ideal para la representación del encuentro entre ambos mundos:

These myth, better than other less clear-cut occurrences of cultural assimilation, or acculturation, show how Humanism and Renaissance adapted classical ideals to their immediate needs in order to find rational and traditional explanation for new scientific discoveries⁴.

La misma idea de una época de oro se había manifestado también en el concepto judeocristiano del Paraíso, pero referido más bien a un pasado remoto y temporalmente ya superado, que habría exigido pensar, quizás, en un retorno a los orígenes. El mito de las edades, en cambio, permitiría a cronistas y poetas comprender el contraste entre el mundo español y el ingenuo mundo indígena, concibiendo ciertos estados morales que no necesariamente supondrían una sucesión cronológica, sino más bien una diferenciación contemporánea basada en el progreso cultural de cada pueblo, que se asociaba a ciertos vicios y virtudes. De este modo, mientras la edad de oro contemplaba un mundo en el que reinaba la justicia y primaban la ingenuidad, la bondad, la paz y la libertad, la edad de hierro resultaba de un proceso degenerativo que decantaba en injusticias y desigualdades, en la guerra y en los vicios que la provocaban, la codicia y el egoísmo:

Axiológicamente, dicho proceso entraña una degradación moral por la apetencia, cada vez mayor, de riqueza y poder materiales, que atentan contra la justicia y, debido a ello, alteran la paz⁵.

Así, no parece tratarse tanto de una secularización o del retorno a una interpretación politeísta y no cristiana de los pueblos primitivos, sino más bien de una mirada que, sin cuestionar la fe de los autores, recurrió a una representación más moral que religiosa de las diferencias entre conquistadores e indios, sirviéndose así del imaginario grecorromano.

The Middle ages had buried the golden age under the conception of Eden; the Renaissance not only revived the

⁴ CRO, STELIO, *op. cit.*, p. 380.

⁵ ANTELO, ANTONIO, "El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XVI", en *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXX, 1, Colombia, 1975, p. 83.

original conception, but ventured forth on a quest to objectify it. When its locus shifted from the temporal to the spatial, it became an attainable goal and a challenge to the explorers⁶.

Tal como había ocurrido en otras latitudes de América, los testigos de la conquista en Chile parecen haberse asombrado con algunos poblados indígenas de la zona de Chiloé, que mantenían sus condiciones primitivas, su contacto con la naturaleza y la inocencia de las culturas aún no sometidas a la guerra. Y teniendo en sus mentes las lecturas de los clásicos, su modo de enfrentarse a estas realidades desconocidas bien pudo consistir en asimilarlas a lo que, al menos, conocían a través de los libros.

De este modo, la experiencia misma de los poetas en el sur de Chile y específicamente en la isla de Chiloé, distante del escenario de la guerra de Arauco, les sirvió para reconocer aquellos principios que debían servir para rememorar el mito de las edades⁷. Justamente, uno de los poemas que recogió el topos del mito de las edades -La Araucana de Alonso de Ercilla- es aquel cuya autoría es la de un soldado-poeta, que interpretó, representó y comunicó la realidad que enfrentaba a través de este recurso literario. Después de todo, se trata de un recurso que, por remitir a una realidad diferente a la belicosidad propia de la guerra de Arauco, se ofrecía como una digresión que pudo servir a estos poetas para incorporar sus propias interpretaciones frente a los hechos.

Después de todo, el mito de las edades permitía no sólo el establecimiento de un contraste entre los bandos enfrentados por la conquista de Chile, sino también entre los estados morales que subyacían a los niveles de civilización de cada pueblo, conforme a su contacto con otras sociedades y a su participación en los fenómenos que se derivan de ello, como la guerra. Así, incluso el hecho de que Ercilla haya identificado la edad de oro o el mundo de la justicia con la isla de Chiloé no parece casual, pues la condición insular y austral del territorio explicaría precisamente su condición moral pura. En cambio, el hecho de que la edad de hierro se haya relacionado con los conquistadores o con los protagonistas de la

⁶ LEVIN, HARRY, *The Myth of the Golden Age in the Renaissance*, Indiana University Press, Bloomington, 1969, p. 58. En opinión de Antonio Antelo (*art. cit.*, p. 93), la Edad de Oro pagana se reconcilia en este caso con el mito de Adán. En este sentido, podría pensarse en una resignificación que surge de la imagen utópica del Nuevo Mundo.

⁷ Esto no significa, de todos modos, que los poetas hubieran buscado conscientemente un motivo histórico para insertar el tópico de manera forzada. Por el contrario, tal como en otros casos, la recurrencia a los elementos de la tradición clásica parece brotar de la inspiración que ofrece la experiencia histórica de estos autores y que no sólo se explicaría por la asociación o similitud explícita de ciertos hechos o situaciones con aquellos del mundo antiguo, sino más bien por la percepción y valoración que sus testigos realizaron sobre éstos.

guerra de Arauco, deja entrever un sentido ideológico en la presencia de este tópico, que da cuenta de una perspectiva crítica de los autores ante ciertas condiciones de la guerra y de la conquista propias de un mundo desarrollado.

En *La Araucana*, la perspectiva crítica de Ercilla con respecto a la guerra de Arauco se hace explícita hacia el final de su obra, donde sus versos dan cabida a las reflexiones personales del autor. La atención del poeta en los últimos cantos, como narrador y como personaje, se aleja cada vez más de la guerra y de las tierras araucanas⁸. La muerte del cacique Caupolicán fue el último momento centrado en la guerra de Arauco y tras el lamento de Ercilla por no haber podido detener una ejecución que le parecía injusta (L.A., XXXIV, 31), sus versos y sus pasos se dirigirán al sur de Chile, acompañando la expedición de García Hurtado de Mendoza.

Defraudado de la guerra, el narrador abandona los sucesos bélicos para narrar empresas de descubrimiento en el extremo sur de Chile. El interés por cantar sucesos bélicos es desplazado por la narración de experiencias nuevas en territorios pacíficos⁹.

⁸ CEDOMIL GOIC ("Poesía del descubrimiento de América", *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Barcelona, 15-19 de junio de 1992, vol. 1*, PPU, España, 1994, p. 68) habla de los modos de la amplificación del discurso en *La Araucana*, que permiten al poeta insertar el motivo de la revelación o del descubrimiento de otra realidad, distinta a la previa, y que puede suponer la superación de un estado o de un yerro. Desde esta perspectiva podrían analizarse los discursos de los caciques indígenas, especialmente los de Galvarino, y las digresiones que, como la de la expedición a Chiloé, incorporan una exposición crítica de los vicios de los conquistadores, sobre todo de su codicia y crueldad (*ibidem*, p. 73). En opinión de Luis Muñoz, los viajes descritos por Ercilla en su obra, en los que él mismo participó, poseen un sentido ideológico, "porque de los hechos reales se trasunta una dimensión conceptual de su trayectoria vital y poética" ("Ercilla, protagonista de *La Araucana*", *Homenaje a Ercilla*, Universidad de Concepción, Chile, 1969, p. 27). De este modo, es posible conocer y comprender la percepción del poeta respecto de los hechos que relata especialmente cuando él se hace protagonista directo de tales sucesos. Así también lo explica Agustín Cueva ("El espejismo heroico de la Conquista (Ensayo de interpretación de *La Araucana*)", *Casa de las Américas*, 110, La Habana, Cuba, 1978, p. 37), al señalar que en los últimos cantos de *La Araucana* se produce una fractura poética del ideal épico, que lleva a Ercilla a emprender un peregrinaje expiatorio por su yo lírico. Los pasajes que se insertan en la última parte de la obra, por lo tanto, están cargados de un valor simbólico relacionado a la cosmovisión de autor y a su interpretación de los hechos de la conquista.

⁹ LAGOS, RAMONA, "El incumplimiento de la programación épica en *La Araucana*", *Cuadernos Americanos*, XL, 238, México, 1981, p. 186. Precisamente en esta variación, suele verse una actitud crítica que reniega del carácter heroico de la guerra, aunque los juicios del poeta no se dirijan a la empresa misma de la conquista, como parte del ideal del imperio, sino más bien a algunas acciones concretas que quedan expuestas como excesos y abusos. Tal como afirma Jaime Concha, ("El otro nuevo mundo", *Homenaje a Ercilla, op.cit.*, p. 73), en *La Araucana* el poeta parece proyectar un discurso anti encomendero, pero fiel a la Corona, opinión compartida por Agustín Cueva (*art. cit.*, pp. 31-34). Cueva habla de un desdoblamiento entre la ideología de la conquista y su realidad objetiva, y distingue dos sujetos históricos hispanos que habrían tenido intereses en el proceso de

A medida que los conquistadores avanzaban, señala Ercilla, los indígenas se daban cuenta de la imposibilidad de vencerlos y así, expandiendo rumores sobre los abusos y la violencia de los españoles, los aborígenes huían atemorizados ocultando sus bienes. Mediante símiles, los versos de *La Araucana* recrean el contraste entre el mundo de paz, al que parecían estar acostumbrados los indígenas, y el mundo de la guerra que parecía avanzar con la expedición conquistadora (L.A., XXXIV, 49).

Sin embargo, continúa el poeta, la ambición y la codicia enceguecieron a los españoles, que no sopesaron los riesgos de su aventura. Engañados por los indígenas, que les prometieron que hallarían en los confines de Chile inimaginables riquezas, los conquistadores se vieron repentinamente en medio de tupidas y arriscadas selvas. Pero los expedicionarios no dieron pie atrás y atravesaron con hambre y fatiga los obstáculos de la naturaleza.

El relato de Ercilla detalla vívidamente los padecimientos de la expedición, que hacía dudar a los españoles de las posibilidades de superar con vida esa aventura. Así, finalmente, aquello que acabó primando como el mayor bien al que podrían aspirar dejó de ser el oro. Los sufrimientos, en este sentido, les permitieron ir dejando atrás sus deseos de riqueza y, con ello, su codicia. Sólo los movía, dice Ercilla, el afán de gloria y, avanzados los días, sólo quedó para ellos la esperanza (XXXV, 38, 2), el bien quedaba atrapado en el imaginario mitológico antiguo cuando todos los males habían sido liberados por Pandora.

Este pasaje parece ser a primera vista, el relato histórico de un grupo de sobrevivientes, pero podríamos también aventurar en ella una lectura que nos prepara para la llegada de los españoles a una edad distinta y mejor —Ercilla habla del otro nuevo mundo (XXXV, 6, 1)—, requiriendo para ello la expurgación de los males que en ese estado no pueden existir. Así, los pasos de los españoles no parecen recorrer sólo un trazado geográfico,

conquista y colonización de América, a saber, la burguesía metropolitana y los colonos indios. Sólo contra estos últimos podría haberse dirigido la crítica de Ercilla. Después de todo, argumenta Cueva, el poema fue acogido y patrocinado por la Corona, y se refleja en las continuas alabanzas del autor al monarca. Para Beatriz Pastor (*Discurso narrativo de la conquista de América*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 198, p. 540), en cambio, el pasaje de la expedición al sur es, en concreto, el episodio en el que se consuma la crítica definitiva de la Conquista y que da cuenta ya de una nueva conciencia individual frente a esta empresa. Sin embargo, Pastor no distingue una crítica particularizada hacia una parte o hacia un sujeto específico de este proceso, sino más bien a la conquista y hacia su proyecto como un proceso irrevocable de dominio y de explotación. Ante él, la imagen de Chilóe y de los aborígenes del sur constituirían una representación utópica de la América precolombina (*ibidem*, p. 543).

sino también un sendero moral y una línea mitológica. La aventura da cuenta del itinerario de los hombres de la época moderna, abriendo a hierro el impedido paso (XXXV, 40, 2)¹⁰.

Atrás, en efecto, dejan la espada —o por metonimia, el hierro— que tanto les había servido y ayudado a abrirse camino. Durante su estancia en las islas del archipiélago, el hierro no se volverá a nombrar, pues no han de tener uso de él mientras habiten entre amigos¹¹.

Finalmente encontraron ese otro nuevo mundo. Habían llegado frente a la isla de Chiloé. Pronto pudieron olvidar los males que los habían afectado, y que precisamente podrían vincularse a las carencias y sufrimientos propios de la edad que habían dejado atrás:

El enfermo, el herido, el estropeado,
el cojo, el manco, el débil, el tullido,
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
el desmayado, el flaco, el deshambrido
quedó sano, gallardo y alentado,
de nuevo esfuerzo y de valor vestido,
pareciéndole poco todo el suelo
y fácil cosa conquistar el cielo. (XXXV, 43)

El relato poético, sin embargo, no intenta forzar al testimonio histórico. Ercilla no introduce elementos de ficción ni habla explícitamente, hasta aquí, del mito de las edades. Sin embargo el encuentro que tuvo con los indígenas del lugar es el que lo inspira a evocar esos míticos tiempos y a recordar así los relatos antiguos que, como humanista, bien habría conocido. Por eso se encarga de enfatizar que el encuentro con estos hombres del sur, si bien maravilloso, no es necesariamente ficticio. Se trata, más bien, del testimonio de quien creyó, en ese momento, que el mito, en realidad, se hacía historia:

Quien muchas tierras vee, vee muchas cosas
Que las juzga por fábulas la gente;
Y tanto cuanto son maravillosas,

¹⁰ CERDOMIL GOIC habla de un "rito de pasaje para arribar a otro mundo" (*art. cit.*, p. 73), mientras Jaime Concha (*art. cit.*, pp. 75-76) habla del "purgatorio de la travesía" antes de arribar ante las aguas del canal de Chacao y de Chiloé, aun cuando esto lo entiende en un sentido de trascendencia en órdenes espaciales, que acaba por ofrecer una compensación sobrenatural a los esfuerzos de los conquistadores.

¹¹ PERELMUTER, ROSA, *art. cit.*, p. 255.

El que menos las cuenta es más prudente;
 Y aunque es bien que se callen las dudosas
 Y no ponerme en riesgo así evidente,
 Digo que la verdad hallé en el suelo
 Por más que afirmen que es subida al cielo. (XXXVI, 1)

La edad de oro y el reino de la Justicia se aparecen, a ojos de Ercilla, como una verdad histórica. Pues él la halló en el suelo, en su expedición, y niega así –indirectamente– que ésta se hubiera elevado a los cielos con Astrea¹². “El poeta buscador del mito ha creído hallarlo encarnado en el mundo de los generosos chilotes”¹³. Y luego presenta ese mundo dorado en los términos de negación que caracterizan a las descripciones clásicas de la edad de oro, que suele presentarse en forma negativa y en contraposición a la edad de hierro, es decir, ofreciendo una imagen de todo lo que aún no había en los tiempos de los primeros hombres¹⁴:

Estaba retirada en esta parte
 De todas nuestras tierras escluida,
 Que la falsa cautela, engaño y arte
 Aun nunca habían hallado aquí acogida. (XXXVI, 2, 1-4)

La exclusión es una característica mencionada por Ovidio para la caracterización de los tiempos de oro, cuya idealidad se habría debido en gran parte a la falta de contacto entre los pueblos, lo que habría impedido que rivalizaran entre sí y que ambicionaran los bienes de otros:

Ningún pino, cortado para visitar un mundo extranjero,
 había descendido aún de sus montañas a las límpidas aguas,
 y no conocían los mortales otras playas que las suyas (Met.
 I, 95-96).

La falta de astucia y de mentiras señalada por Ercilla habla también de ese mundo justo añorado desde la Antigüedad. Tal vez por eso, cuando

¹² Cfr. RUIZ DE ELVIRA, ANTONIO, *Mitología Clásica*, Gredos, Madrid, 1995 (1975), p. 115.

¹³ GOIC, CEDOMIL, “La Araucana de Alonso de Ercilla: unidad y diversidad”, Edición digital Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 2007.

¹⁴ Cfr. LEVIN, HARRY, *art. cit.*, p. 58. De este modo, la edad de hierro en Ovidio (Met. I, 140 y ss.) es la edad de oro (Met., I, 90 y ss.), pero invertida. Así también, Séneca describía en sus *Epístolas Morales a Lucilio*, una edad de oro en términos de contraposición y ausencia, lo que se explica por la necesidad de recurrir a los parámetros conocidos para recrear en cambio un estado que no se conocía:

La propia tierra sin cultivo era más fértil y, con abundancia, satisfacía las necesidades de los pueblos, que no se entregan al pillaje (...) Ni el más fuerte había impuesto todavía su ley al más débil, ni el avaro, ocultando lo que para él era superfluo, había privado todavía a otros de lo necesario (...) Las armas estaban quietas y las manos, sin mancharse con sangre humana, dirigían toda su hostilidad contra las fieras... (Eplst. XIV, 90, 40-41).

los indígenas desembarcan de sus piraguas para encontrarse con los recién llegados, Ercilla los describe como hombres de pelo negro y crespo, pero de blanco gesto (XXXVI, 3, 3), en una caracterización que más bien parece referirse —como ha observado Isaías Lerner¹⁵— a su disposición de ánimo que a su color de piel.

El discurso del cacique que los recibe menciona además otras tres características de la edad de oro (XXXVI, 6). En primer lugar, la ausencia de propiedad privada, que ya habían descrito en tiempos antiguos, entre otros, los poetas latinos Virgilio y Séneca, y que se comprendía al mismo tiempo por la fertilidad de los suelos, que no hacía necesario el trabajo constante de la tierra:

Antes de Jove labrador ninguno pensó en domar el campo:
no era lícito ni repartirlo ni acotarlo; a una buscaban el
sustento, y lo gozaban juntos todos: la tierra por sí misma
todo lo repartía dadivosa sin que se lo pidiesen (Verg., G.,
I, 125).

Gozaban en comunidad de la naturaleza; ella se bastaba
como madre para proteger a todos; ella constituía la posesión
segura de la riqueza pública (Sen., Epíst., XIV, 90, 38).

Por último, Ercilla notaba también la falta de leyes positivas, que tanto Ovidio (Met. I, 90) como Lucrecio (V, 957-960) habían descrito para la primitiva edad de oro y cuya existencia sólo se justificaría al surgir entre los hombres, la violencia. La justicia, por lo tanto, se entendía como un valor propio de la naturaleza humana en su estado primigenio, opuesta por lo tanto al desarrollo de las sociedades.

Son todas características que, muy probablemente, coincidieron históricamente con el mito de las edades¹⁶, pero fue Ercilla quien se encargó de presentarlas a partir de los códigos que dictaba la tradición, la misma que lo inspiraría para lamentar, finalmente, que el encuentro de conquistadores y aborígenes, y de las edades de hierro y oro, acabaría con la bondad y la justicia de esta última:

¹⁵ Cfr. Nota 5, p. 934, de la edición de Isaías Lerner a Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, Ed. Cátedra, Madrid, 2002.

¹⁶ Si bien continúa luego el poeta describiendo a los poblados que vio en esta expedición, que culminó con su visita a la isla mayor de Chiloé, la caracterización que hace de ellos no parece tener sólo un objetivo etnológico. Aun cuando se ha valorado este testimonio por los datos que entrega sobre los indígenas del sur de Chile, nos parece que gran parte de su descripción no se centra tanto en las particularidades de estos pueblos cuanto en los elementos que sirven al poeta para universalizar su relato. Cfr. VIDAL GORMAZ, FRANCISCO, "Ercilla y el descubrimiento de Chiloé", *Revista de Santiago*, I, Santiago, Chile, mayo 1872, pp. 540-545.

La sincera bondad y la caricia
 De la sencilla gente destas tierras
 Daban bien a entender que la codicia
 Aún no había penetrado aquellas sierras;
 Ni la maldad, el robo y la injusticia
 (alimento ordinario de las guerras)
 Entrada en esta parte habían hallado
 Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo
 Todo lo que tocamos de pasada,
 Con la usada insolencia el paso abriendo
 Les dimos el lugar ancho y ancha entrada;
 Y la antigua costumbre corrompiendo,
 De los nuevos insultos estragada,
 Plantó aquí la codicia su estandarte
 Con más seguridad que en otra parte. (XXXVI, 13-14)

Ante este pueblo maravilloso, Ercilla debió sentirse como la personificación de una edad corrompida, y así, el paso que abrieron con el hierro a través de la selva, no sólo habría abierto una vía de comunicación entre las tierras y pueblos de Chile, sino que también habría construido un puente que irremediamente uniría ambas edades, acabando de esta forma con la exclusión de ese mundo dorado.

A través del tópico de las edades, lo bueno pudo ser entonces idealizado por el poeta hispano bajo el concepto de la edad de oro, que se contraponía a todos los vicios reunidos en la imagen de una edad de hierro, de la que el mismo Ercilla —entre otros españoles— se sintió testigo y parte.

Al elaborar esta oposición maniquea, los europeos recurren por fuerza a tópicos literarios que hunden sus raíces en la Antigüedad Clásica. Resulta así que los indios viven en la Edad de Oro cantada por los poetas clásicos y se asemejan a los Seres o a los Hiperbóreos. Sobre ellos se proyectan pues, todos los anhelos y ensueños de una civilización que de pronto se siente vieja y caduca y que quiere refugiarse en el mito de un mundo feliz: la fábula del buen salvaje constituye la válvula de escape de una sociedad convulsa y acosada por el entorno y que busca a toda costa una evasión, un consuelo asiéndose a una irreal quimera¹⁷.

¹⁷ GIL, JUAN, "El libro grecolatino y su influjo en Indias", *Homenaje a Enrique Segura Covarsi, Bernardo Muñoz Sánchez y Ricardo Puente Broncano*, Badajoz, España, 1986, p. 96.

De todos modos, apegándose siempre a la verdad, el poeta intentó no deformar la historicidad de su relato. Y sin embargo, sí lo había subjetivado. Su expedición hasta Chiloé no parece ser sólo una descripción rimada de esta experiencia, sino una vivencia cultural para el poeta. Tal como él dice, halló en esas tierras lo que antes había conocido por los libros y, en ese sentido, vio descender a Astrea al archipiélago de Chiloé.

El uso particular que Alonso de Ercilla confirió a la tradición clásica es el que nos viene a confirmar entonces el inagotable valor de sus fuentes, que no se impuso rígidamente al autor, sino que se adaptó para servir a sus necesidades, a sus vivencias y al contexto que caracterizaba a su propia época. La incorporación de este tópico o del mito de las edades no respondía, por lo tanto, sólo a un uso literario; bajo ella descansaba una explicación histórica que databa de sentido a los pasajes que lo acogieron.

Fuentes

ARATO, *Fenómenos*, Trad. Pedro Tapia Zúñiga, UNAM, México, 2000.

ERCILLA, ALONSO DE, *La Araucana*, Ed. Isaías Lerner, Cátedra, Madrid, España, 2002.

HESÍODO, *Los trabajos y los días*, Trad. Aurelio Pérez Jiménez, Gredos, Madrid, España, 2000.

OVIDIO, *Metamorfosis*, Trad. Antonio Ruiz de Elvira, Alma Mater, Madrid, España, 2002.

SÉNECA, *Epístolas Morales a Lucilio*, Trad. Ismael Roca Meliá, Gredos, Madrid, España, 2001.

VIRGILIO, *Geórgicas*, Trad. Aurelio Espinosa Pólit, Cátedra, Madrid, España, 2008.

Bibliografía

ABELLÁN, JOSÉ LUIS, "Los orígenes españoles del mito del 'buen salvaje'", *Revista de Indias*, XXXVI, 145-146, Madrid, España, 1976, pp. 157-179.

ANTELO, ANTONIO, "El mito de la Edad de Oro en las letras hispanoamericanas del siglo XVI", *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XXX, 1, Colombia, 1975, pp. 81-112.

BELLINI, GIUSEPPE, "En los albores de la visión de Chile, Valdivia, Ercilla, Oña", *Quaderni Ibero-americani*, 92, Torino, Italia, Dic. 2002, pp. 7-20.

CONCHA, JAIME, "El otro nuevo mundo", *Homenaje a Ercilla*, Universidad de Concepción, Chile, 1969, pp. 111-131.

CRO, STELIO, "Classical Antiquity, America, and the Myth of the Noble Savage", *The Classical Tradition and the Americas*, vol. I, Walter de Gruyter, Berlin, 1994, pp. 379-418.

CUEVA, AGUSTÍN, "El espejismo heroico de la Conquista (Ensayo de interpretación de *La Araucana*)", *Casa de las Américas*, 110, La Habana, Cuba, 1978, pp. 29-40.

GIL, JUAN, "El libro grecolatino y su influjo en Indias", *Homenaje a Enrique Segura Covarsi, Bernardo Muñoz Sánchez y Ricardo Puente Broncano*, Badajoz, España, 1986, pp. 61-111.

GOIC, CEDOMIL, "Poesía del descubrimiento de América", *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Barcelona, 15-19 de junio de 1992*, vol. 1, PPU, España, 1994, pp. 67-82.

LAGOS, RAMONA, "El incumplimiento de la programación épica en *La Araucana*", *Cuadernos Americanos*, XL, 238, México, 1981, pp. 157-191.

LEVIN, HARRY, *The Myth of the Golden Age in the Renaissance*, Indiana University Press, Bloomington, 1969.

MUÑOZ, LUIS, "Ercilla, protagonista de *La Araucana*", *Homenaje a Ercilla*, Universidad de Concepción, Chile, 1969, pp. 5-29.

PASTOR, BEATRIZ, *Discurso narrativo de la conquista de América*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1983.

RUIZ DE ELVIRA, ANTONIO, *Mitología Clásica*, Gredos, Madrid, 1995.

SANFUENTES, OLAYA, *Develando el Nuevo Mundo. Imágenes de un proceso*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, 2008.

VIDAL GORMAZ, FRANCISCO, "Ercilla y el descubrimiento de Chiloé", *Revista de Santiago, I*, Santiago, Chile, mayo 1872, pp. 540-545.

I T E R
VOL • XVIII
ENCUENTROS

ISBN 978-956-7062-54-6

ISSN 0718-1329

“Todo pasado fue mejor”: cuando Astrea reinó en la isla de Chiloé.

MARÍA GABRIELA HUIDOBRO SALAZAR

Resumen:

El poema de Alonso de Ercilla, *La Araucana*, se inspiró en la tradición clásica para la representación literaria de la historia de la conquista de Chile. Siguiendo este modelo, uno de los tópicos que desarrolló fue el del mito de las edades, para contraponer el mundo de la conquista -la edad de hierro-, con un idealizado mundo aborigen -la edad de oro. Así lamentaba la violencia de su época, pero al mismo tiempo la excusaba, cobijado en la idea de que todo tiempo pasado fue mejor y de que sólo queda lamentar el presente que se vive. Se trata de una actitud que parece imperar hasta el día de hoy, tal como se analizará en el presente artículo.

Palabras claves: Tradición clásica, Mito de las Edades, Alonso de Ercilla, *La Araucana*.

“All past was better”: when Astrea reigned in the island of Chiloé.

Abstract:

Alonso de Ercilla's La Araucana, has been inspired in classical tradition for the literary representation of the history of the Chile's conquest. Following this model, he developed the topic of the myth of the ages, to oppose the world of the conquest - the age of iron-, with an idealized aboriginal world - the golden age. This way, Ercilla regretted the violence of his epoch, but at the same time he excused it, sheltered in the idea of that every last time was better and of that the only thing we can do is to be sorry about our present. It is a question of an attitude that it seems to reign until today, as it will be analyzed in this present article.

Keywords: *Classical Tradition, Myth of the Ages, Alonso de Ercilla, La Araucana.*



Imagen en portadilla: Astrea, diosa de la justicia.